



Por otro lado, la parábola nos recuerda la presencia del hijo mayor, afectado también por los excesos de su hermano. Si éste se siente ofendido, no es a causa de un simple arrebató de celos. Sus derechos de primogenitura han sido pisoteados y el valor de su fidelidad a la casa paterna es relativizado. Sin embargo, el diálogo que tiene con su padre revela que el problema es mucho más profundo. Es la imagen paterna la que está en juego, como sucede también con la imagen de Dios. A pesar de estar siempre en casa, los lazos que lo unen con su padre se han limitado al cumplimiento de deberes y obligaciones. A través de sus palabras, se descubre una posición más cercana a la de un trabajador que rinde cuentas a su jefe, que al lenguaje de un hijo que se dirige a su *abba* (papá). De hecho, como él mismo lo explica, si alguna vez hubiese tenido la oportunidad de celebrar una fiesta, no es con su padre con quien la hubiese compartido. La actitud del padre en cambio, sigue caracterizándose por la manifestación del afecto y del amor sin límites. Nuevamente es él quien sale al encuentro de su hijo, invitándole a compartir el gozo de la vida que triunfa sobre la muerte. Llamándole “hijito mío”, “mi niño”, el padre pone de manifiesto la fuerza de los lazos que les unen, utilizando incluso las expresiones características de la ternura maternal.

Al final, el relato queda abierto. Si por un lado la parábola pone el acento en el gozo sin medida, expresado a través de la fiesta, no dice nada acerca de la decisión que toma el hijo mayor. Corresponde a aquellos/as que escuchan la historia sacar sus conclusiones, revisando su propia manera de situarse ante el Padre y tomando en cuenta la alegría infinita que hay en Dios cuando sus hijos/as perdidos/as, vuelven a la vida.

“El perdón de Dios por nuestros pecados no conoce límites. En la muerte y resurrección de Jesucristo, Dios hace evidente este amor que es capaz incluso de destruir el pecado de los hombres. Dejarse reconciliar con Dios es posible por medio del misterio pascual y de la mediación de la Iglesia. Así entonces, Dios está siempre disponible al perdón y nunca se cansa de ofrecerlo de manera siempre nueva e inesperada.”

Papa Francisco Misericordiae Vultus (MV) n°22

La ruta hacia el perdón.

1. Introducción.

La palabra “miseri-cordia” pone de manifiesto la capacidad del corazón de dejarse impactar por la miseria que golpea la vida del ser humano. Son muchas las formas a través de las cuales se expresa esta miseria, poniendo en evidencia no solo la vulnerabilidad humana, sino también la acción destructiva del pecado personal y social. Buscar el rostro misericordioso de Dios implica reconocer que somos parte de esta realidad de fragilidad, pero queremos comprometernos a transformarla, recordando que estamos llamados/as a una vida de dignidad, bondad, libertad y plenitud. El año jubilar, año de perdón y de liberación, es un tiempo privilegiado para redescubrir esta vocación.

2. Para entrar en calor.

Compartamos desde nuestra experiencia. ¿Cuáles son las situaciones de miseria que golpean nuestro entorno? ¿Cuáles son las causas de esta miseria?



Reflexionemos un momento en silencio ¿Cuáles son las situaciones de miseria que golpean nuestra vida personal? ¿Cuáles son las causas de esta situación?

“Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia” (Jn 10,10)

Dejarse interpelar por las realidades de miseria que se viven en nuestro entorno y aquellas que se tejen en lo profundo de nuestra vida personal, es un paso importante para entrar en la experiencia de la misericordia. Desde antiguo el pueblo creyente ha descubierto en el reconocimiento de su propia fragilidad y en la confianza plena en la misericordia de Dios, un impulso para romper la lógica del mal. Así lo manifiestan por ejemplo, las palabras del salmista (Salmo 51) y el llamado permanente a la conversión planteado por los profetas (Isaías 1,16-18; Miqueas 7,18-20). De esta manera queda de manifiesto que Dios no quiere que el pecado acabe destruyendo la vida de su pueblo. Por el contrario, a pesar de la infidelidad y de las múltiples caídas, siempre existe la posibilidad del perdón que permite abrir la puerta a un nuevo comienzo. Este rasgo de Dios se expresa de manera especial a través de los gestos y palabras de Jesús, quien vino a recordar que el pecado no puede ser considerado jamás como una palabra definitiva.

3. A la luz de la Biblia:

Leer: Lucas 15, 11-32

- a) ¿Cuáles son los aspectos que más nos llaman la atención de esta parábola? ¿Por qué?
- b) ¿Qué pensamos de la actitud del padre frente al comportamiento del hijo menor? ¿Qué pensamos del reclamo del hijo mayor?
- c) ¿Cuáles son las razones por las que perdonar y/o pedir perdón no siempre resulta fácil? ¿De qué manera la experiencia de perdonar y de pedir perdón puede contribuir a mejorar nuestra vida?



4. “Me levantaré y volveré junto a mi padre” (Lc. 15,18)

Cabe recordar que las parábolas no se limitan solo a transmitir una enseñanza. A partir de una pequeña historia, que sobrepasa la lógica de lo habitual, Jesús busca provocar la reacción de quienes le escuchan, invitándoles a posicionarse frente a una situación determinada. En este caso, la generosidad de un Dios que se muestra “escandalosamente” bondadoso con los pecadores (Lc. 15,1-3).

La parábola que acabamos de leer nos sitúa en el contexto de una escena tomada de la vida familiar. No obstante, desde sus comienzos el relato presenta las cosas de manera bastante inhabitual. Un padre tenía dos hijos, el menor de ellos pide la parte de la herencia que le corresponde. Este gesto es en sí mismo un hecho desconcertante. La Ley y la Sabiduría recuerdan que no corresponde al padre dejar la propiedad al hijo antes de la muerte (Eclesiástico 33,19-24). Menos aún al hijo menor, dado que la prioridad de derechos recae generalmente sobre el mayor de los hermanos (Deuteronomio 21, 15-17). Si el hijo menor exige este derecho, ciertamente está faltando a las reglas, pero sobretodo está actuando en contra de su padre a quien considera ya como si hubiera muerto. Si la actitud del hijo es extraña, la reacción del padre lo es aún más. La Ley aconseja tratar con severidad al hijo rebelde, sobre todo si se muestra insolente con sus padres (Deuteronomio 21,18 - 21). En efecto, según la costumbre, el papel de un padre se define sobre todo por su capacidad de gobernar una familia. Un auténtico jefe de familia no se puede permitir reaccionar como lo hace el personaje presentado en la parábola. Sin embargo, la dinámica del amor hace que las cosas funcionen de otra manera. Cuando el hijo vuelve a casa, después de sufrir las consecuencias de sus actos, es el padre quien corre para acogerlo con extrema ternura. Más aún, a pesar de todo lo sucedido, el padre organiza una fiesta restaurando los lazos parentales (al vestirlo), devolviendo la dignidad (al ofrecerle el anillo) y la libertad perdida (al ponerle las sandalias). Para él sólo una cosa cuenta: ¡Hay que celebrar el retorno a la vida, del hijo perdido!